Globethics Repository



Nicaragua

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Lacayo Guerra, Walter
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-13 17:29:49
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219059

Nicaragua

Alternativas electorales

Walter Lacayo Guerra

El proceso democrático nicaragüense se ha visto seriamente afectado por un pacto entre liberales y sandinistas. Las dos principales fuerzas políticas a inicios de 2000 reformaron la Constitución y la Ley Electoral, con el objetivo de establecer un régimen jurídico bipartidista. Una evaluación de las elecciones municipales celebradas en noviembre de 2000, y las previsiones de lo que podría ocurrir en las nacionales que se efectuarán en noviembre del presente año, incluidas las posibilidades de que se rompa el bipartidismo, es el tema del presente ensayo.

Después de una década de derrotas electorales encadenadas, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) ganó, en noviembre de 2000, las elecciones municipales en 11 de las 17 cabeceras departamentales de Nicaragua y en otros 40 municipios sobre un total de 151 que componen la nación nicaragüense. Aunque el Partido Liberal Constitucionalista (PLC), que tiene como líder a Arnoldo Alemán, actual presidente de la República, conquistó 95 alcaldías, cualitativamente el sandinismo se llevó la mejor parte del pastel electoral: no cabe duda que conquistar Managua, la capital, y ciudades tan importantes como León y Chinandega en occidente; Matagalpa, Estelí, Ocotal y Somoto en el norte; Juigalpa en el centro; San Carlos en el sur; y Bluefields y Puerto Cabezas en la costa Caribe, significó un importante avance para ese partido de izquierda. A pesar de que el liberalismo oficialista casi duplicó los municipios respecto del FSLN, la interpretación general fue que éste se adueñó de la victoria. Incluso es tan fuerte esta impresión, que muchos dan por hecho que el Frente ganará las elecciones presidenciales y parlamentarias de noviembre de 2001.

Walter Lacayo Guerra: sociólogo y periodista nicaragüense; ex-director del periódico *El Semanario*, Managua; editor y analista político; autor de diferentes ensayos sobre la realidad política, económica y social del país. El autor agradece comentarios a <walterlacayo@hotmail.com>.

Palabras clave: elecciones, partidos políticos, Nicaragua.

Y mientras simpatizantes y agrupaciones políticas o sociales afines al FSLN se han visto reanimados ante la consolidación partidaria en el plano municipal, los sectores opuestos al sandinismo no disimulan su temor ante la posibilidad de que la izquierda gane las elecciones nacionales. En los medios de comunicación los líderes de opinión se han centrado en un debate en el que se analiza con profundidad si existen condiciones para un retorno al poder del sandinismo, 12 años después de que en febrero de 1990 la candidata de la Unión Nacional Opositora (UNO), Violeta Barrios viuda de Chamorro, alcanzara el gobierno derrotando a su oponente, Daniel Ortega, quien intentaba reelegirse en la silla presidencial.

Una relativa victoria sandinista

En términos generales, el desempeño del Frente se debió –en primer lugar– a una maniobra política orientada a una reforma constitucional y electoral favorable a sus intereses. En enero de 2000, luego de un pacto político entre el FSLN y el gobernante PLC, Managua se dividió en tres municipios con el claro objetivo de apartar de la contienda al entonces líder del Partido Conservador, Pedro Solórzano, quien aparecía como virtual ganador en la capital. Pero sería erróneo no reconocer una segunda razón importante, y es que el Frente Sandinista terminó aprendiendo una lección clave para reconvertirse en una opción electoral real: abandonar –al menos en el discurso oficial– su extremismo de izquierda y su ortodoxia ideológica. Los nicaragüenses vieron cómo los ejes de la campaña electoral del sandinismo variaron notablemente en comparación con votaciones anteriores. Esa es, posiblemente, la segunda razón que explica su éxito. Si antes la estrategia electoral estaba dominada por demostraciones de fuerza, movilizaciones masivas de agitados seguidores que en vez de atraer simpatizantes, por el contrario, intimidaban a la ciudadanía con sus –a veces– ofensivas consignas en contra de los adversarios políticos, discursos encendidos que ruborizaban a sectores empresariales y religiosos, esta vez, la lógica publicitaria sufrió un giro de 180 grados.

En ese sentido, el alcalde electo de Managua, Herty Lewites, según cuentan miembros de su equipo de campaña, jugó un papel determinante en el cambio de la estrategia electoral. «Herty es mi alcalde», para cualquier especialista en campañas electorales, seguramente sería un lema que revela poca imaginación. Sin embargo, la sencillez del mensaje se acopló perfectamente con el discurso conciliador, pacifista, progresista, y sobre todo, con la personalidad provinciana, folklórica, humorística y hasta campechana de un candidato que nunca se enojó, que más bien supo «perdonar» a quienes supuestamente lo ofendieron; y con habilidad política se atrevió a «pedir perdón» a quienes pudieron resultar afectados por sus acciones pasadas.

Herty Lewites es el sandinista que conquistó más de 40% de los votos emitidos en la capital, pero también es el Lewites que el FSLN –una vez persuadido ante las favorables encuestas de opinión previas a las elecciones– se apresuró a reproducir en cada municipio, tirando al cesto los poco simpáticos

estilos del pasado. Y funcionó. La estrategia «hertyana», como se la bautizó en el interior del FSLN, resultó efectiva para un partido que se hundía en el descrédito general y el reproche de la mayoría de la población.

Fue así como Lewites, ex-ministro de Turismo del gobierno sandinista en la década de los 80, se convirtió en propulsor de un partido de izquierda azotado por continuas derrotas electorales, carente de propuestas políticas atractivas, con agudas pugnas internas y señalado de *pactista*, palabra que en Nicaragua tiene una connotación ofensiva ya que recuerda varios pactos firmados –en diferentes momentos de la historia– entre representantes de la dictadura militar de los Somoza y líderes opositores del Partido Conservador, que siempre concluyeron en el reparto del poder político y económico: la conformación bipartidista de las cámaras legislativas, la Corte Suprema de Justicia, el Consejo Supremo Electoral y las principales instituciones del Estado.

La reforma constitucional y electoral de enero de 2000 fue únicamente posible por un entendimiento directo entre Alemán y Ortega. Tuvo objetivos similares a los pactos del pasado entre somocistas y conservadores, es decir, compartir las estructuras de poder en una relación de 6 a 4 (seis para el partido en el Gobierno y cuatro para el opositor).

Corrupción gubernamental

La tercera razón por la que el FSLN resultó favorecido se relaciona con el descomunal desgaste político del gobierno de Alemán. En las condiciones políticas en que se desarrollaron las elecciones municipales, el partido oficialista cargó con todas las de perder, pues aparte de los constantes escándalos de corrupción en los que varios miembros del círculo presidencial se han visto involucrados, la realidad es que el gobierno liberal nunca diseñó, ni mucho menos impulsó, una política de desarrollo municipal seria, basada en una efectiva descentralización de recursos hacia los gobiernos locales; aunque sí se reconoce la realización de múltiples obras de progreso en zonas rurales, como mejoramiento de la infraestructura vial, construcción de escuelas y centros de salud, instalación del servicio de agua potable, letrinas, y en algunos casos, energía y luz eléctrica, todo de acuerdo más con una estrategia política que con un plan de gobierno.

Muchos alcaldes salientes, incluso liberales, expresaron su resquemor hacia el gobierno de Alemán, que –según ellos– los abandonó, teniéndolos en cuenta solo cuando se los necesitaba por razones electorales. La mayoría de los 151 municipios de Nicaragua son pobres o extremadamente pobres, por lo tanto, sus alcaldías son deficitarias y dependen del respaldo financiero de un gobierno central que no siempre los apoyó. Ante esa situación, el Frente Sandinista ofreció con astucia política la solución a los problemas comunales y capitalizó las deficiencias gubernamentales, sobre todo en los municipios grandes.

Fracaso de la tercera vía

Una cuarta razón que benefició al sandinismo fue la incapacidad de los líderes políticos opuestos al pactismo liberal-sandinista de conformar una alianza política que se presentara sólida ante un electorado nicaragüense deseoso de encontrar una opción diferente al liberalismo y al sandinismo, y que según encuestas previas a noviembre de 2000, representaba 50% de la población votante. El auge, aunque a la vez efímera vida del Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN), desilusionó a una buena parte del electorado que había puesto sus esperanzas en una alianza política de tercera vía, incluyente, plural y con una oferta diferente. La mayor desilusión radicó en que una alianza electoral que se percibía limpia, novedosa, con personalidades de prestigio, con un discurso favorable al fortalecimiento del Estado de derecho, los principios democráticos y opuesta a la corruptela política de los partidos tradicionales, terminó siendo destrozada desde adentro. Los desacuerdos llegaron a ser tan severos que se desintegró antes de iniciada la campaña municipal.

Fracasado ese movimiento, por defecto estaba llamado a sustituirlo el Partido Conservador, que pese a sus ejes de campaña dirigidos fundamentalmente a capitalizar votos por la vía del ataque al «pacto y la corrupción» del Gobierno y el Frente Sandinista, finalmente no logró que la totalidad de los simpatizantes de una tercera vía electoral se sintieran allí representados. El PC cometió varios errores, pero tal vez el principal fue presentarse ante el electorado con un sello ideológico y una bandera de color uniforme, cuando las encuestas claramente indicaban que el mercado electoral de una tercera opción es variado y multicolor. Al parecer, los líderes conservadores no entendieron que solo despojándose de su partidismo y abriendo los espacios de participación hubieran podido apropiarse de una verdadera representatividad política. La efectividad de la campaña conservadora fue relativamente baja: ganó una cabecera departamental (Granada) y cuatro municipios más.

Abstencionismo, causa decisiva

Y la quinta razón, con la que coinciden «moros y cristianos», es que el alto porcentaje de abstencionismo (48%), nunca antes visto en Nicaragua, cuya población normalmente gusta de participar en las votaciones, resultó determinante para la victoria del Frente Sandinista en las principales plazas electorales. Algunos analistas predijeron algo que se comprobó en la realidad: todo voto no emitido caería indirectamente dentro de la casilla del FSLN, puesto que es el único partido con una base electoral disciplinada, siempre motivada, que nunca se queda en casa y sale con decisión a votar por sus candidatos, sin tomar en cuenta sus calidades políticas, personales o profesionales. Es un fenómeno que no se repite con ningún otro partido del país.

Los sandinistas ahora no descansan, sienten que el camino a la presidencia está despejado, están seguros de que ningún intento de unificación de los lí-

deres de la llamada tercera fuerza tendrá éxito y que la tendencia decreciente de las simpatías por las fuerzas gubernamentales no será posible revertirla debido al desprestigio ocasionado por la turbia administración de los recursos públicos.

Atrapados por el danielismo

Por ello, el FSLN se prepara para «dar la batalla» e intentar ganar las elecciones presidenciales y parlamentarias. Sin embargo, para lograrlo primero tendrá que vencer las batallas internas libradas entre dos grupos o corrientes de pensamiento que se enfrentan despiadadamente. Por un lado están los más fuertes, que respaldan al máximo líder, Daniel Ortega; por el otro lado quienes consideran que de ninguna manera le convendría al sandinismo una cuarta candidatura presidencial de aquél. Estos últimos tienen sobradas razones para pensar que la única forma de que el Frente Sandinista triunfe sería ofreciendo a los electores un rostro nuevo, dinámico, renovado, pero sobre todo que trasmita la suficiente confianza y seguridad de que los errores cometidos por el sandinismo en la década de los 80 no se repetirán. Ese rostro –según opinan quienes le adversan– no es precisamente el de Ortega. Sin embargo, éste cree que sí. Es más, en un claro intento por descalificar los argumentos de sus detractores, fue el primero en inscribir su candidatura para someterse al escrutinio de los partidarios durante la llamada Consulta Popular (una especie de primaria) realizada en un ambiente de impugnaciones y denuncias de fraude en enero de 2001, para elegir al candidato presidencial, resultando –como era previsible– ganador. Que Ortega desestime a quienes lo contradicen no es ninguna novedad; ya es costumbre que «los atrevidos» terminen castigados, y en algunos casos hasta expulsados del partido. Pero la sorpresa vino de parte de su propio hermano, el general retirado Humberto Ortega, quien interrumpió su reposo por motivos de salud afirmando que Daniel debería deponer sus aspiraciones y apoyar «resueltamente una fórmula presidencial que haga menos difícil y más probable el triunfo electoral del FSLN, velando siempre por la unidad y el futuro del sandinismo».

Como era lógico, estas declaraciones de quien actuó a dúo con Daniel Ortega a lo largo de toda su vida política, acaparó un impresionante despliegue noticioso, intensificando –además– las ya fuertes controversias entre los *pro-danielistas* y *anti-danielistas*. No obstante, el golpe no fue lo suficientemente fuerte como para detener a Daniel; el grupo de disidentes no pudo truncar su cuarta candidatura a la presidencia de Nicaragua y el congreso sandinista lo ratificó en una sesión de febrero de 2001. Es que hay razones que impulsan a Ortega a no desistir, tal vez la más contundente pase por su liderazgo, que entre las bases del partido es indiscutiblemente amplio. Puede afirmarse que Ortega ha sido capaz de mantenerse como máximo líder del FSLN durante los casi 12 años que lleva como oposición sin necesidad de ofrecer demasiadas prebendas a sus seguidores. Pero el desafío no es conquistar el voto sandinista, sino el no sandinista, que en realidad es el mayoritario y sin –al menos– una parte del cual nunca retornaría al gobierno. Conciente de ello es

que su hermano Humberto dio aquellas declaraciones, exhortándolo a aprovechar su liderazgo para seleccionar una fórmula presidencial más realista con posibilidades de triunfo. No obstante, Daniel Ortega ha cerrado sus oídos a los planteos y, por el contrario, «ahora que las condiciones para volver al gobierno están dadas, improvisar candidatos sería un riesgo que el FSLN no puede correr», dijo con aires de victoria.

Los candidatos improvisados a los que se refirió Ortega son el ex-vicecanciller del gobierno sandinista de los 80 y actual diputado, Víctor Hugo Tinoco, cabeza del grupo *anti-danielista*, y el ex-ministro de Economía de la misma época, Alejandro Martínez Cuenca, un personaje que se lo identifica más como profesional de las ciencias económicas que como líder político. Ambos consideran que renovar la candidatura de Ortega es matricularse en la lista de los eternos perdedores electorales. Pero aun así, Tinoco y Martínez han decidido apoyarlo y esperar mejores tiempos para continuar, cada cual por su cuenta, la lucha interna.

Una alianza compleja

En Nicaragua la Democracia Cristiana nunca ha sido una opción política viable, más bien se la ha considerado como una agrupación de cúpula, es decir, de líderes –varios de ellos valientes y sagaces– pero sin una base social ni estructuras organizativas que la respalden. Aun así el FSLN ha suscrito una alianza electoral con la DC, según la cual el compañero de fórmula de Ortega será el democristiano Agustín Jarquín Anaya, el contralor general de la República que ordenó investigar el origen de la fortuna del presidente Alemán. En venganza y utilizando sus poderosas influencias, el presidente logró encarcelar a Jarquín hasta obligarlo a renunciar. La valentía demostrada en su enfrentamiento con Alemán, convirtió al ex-contralor en un personaje admirado.

La misión de Jarquín, por supuesto, será –de acuerdo con lo que han planificado los arquitectos de la alianza– amortiguar un poco la imagen de intransigente líder izquierdista que tiene Ortega y atraer a la amplia población votante que, como antes he mencionado, espera nuevas propuestas electorales para decidir hacia dónde dirigir su voto. Pero, ¿cuáles son las ventajas y desventajas del FSLN en la campaña electoral de 2001? Sin enumerar en orden de importancia se podrían indicar:

Ventajas. 1) Las pasadas elecciones municipales favorecieron la idea de que el FSLN podría ganar en las nacionales, es decir, que se le ha dejado de considerar un partido perdedor; 2) El Partido Liberal, principal contendiente político, se ha desgastado mucho en el poder; los escándalos de corrupción y el incumplimiento de promesas lo han debilitado considerablemente; 3) La reforma constitucional aprobada en enero de 2000 a través del pacto liberal-sandinista, redujo de 45 a 40 el porcentaje necesario para ganar las elecciones en la primera vuelta. El FSLN históricamente ha obtenido entre 38% y

42%; 4) El FSLN es un partido que cuenta con un voto cautivo base de 25% y un impresionante tendido organizativo en todo el país.

Desventajas. 1) Nicaragua tiene una población electoral que mayoritariamente no se identifica con el Frente Sandinista; 2) Daniel Ortega sigue siendo un candidato con piso electoral alto, pero a la vez con un techo electoral bajo, que no le alcanza para ganar; 3) Una mayoría poblacional considera que el FSLN pertenece a la izquierda ortodoxa y que de volver al poder se produciría un retroceso en materia democrática; 4) Los líderes de la empresa privada, inversionistas nacionales e internacionales, así como los organismos multilaterales no le tienen confianza y ronda el temor de que se repita un nuevo enfrentamiento con Estados Unidos, sobre todo en momentos en que gobierna un presidente republicano.

Situación del liberalismo

Los liberales, por su parte, en el interés de aglutinar el voto adverso al sandinismo y evitar su dispersión han negociado, con Alianza Conservadora (Alcon) y con ciertos líderes del Partido Conservador, la formación de una alianza que rescate el voto no sandinista e indeciso. El plan es formar un gobierno liberal-conservador. La oferta de Alemán provocó cierta crisis dentro del PC, que en las pasadas elecciones municipales obtuvo un nada despreciable 15% de los votos. Empero, el PC ya eligió a su candidato presidencial, Noel Vidaurre, diputado enérgico, denunciativo y –como parece ser característica de los políticos nicaragüenses–, empecinado en sus ambiciones –es la segunda vez consecutiva que se inscribe como candidato.

Mientras en la directiva conservadora una minoría consideró que debían aceptar el ofrecimiento liberal, los otros, llamados *vidaurristas*, mantuvieron su negativa a aliarse con un gobierno señalado como de los más corruptos de América Latina. Con contradicciones tan profundas, es fácil predecir que algunos líderes conservadores no apoyarán a Vidaurre y terminarán aliados individualmente al partido oficialista. El primero en hacerlo fue Solórzano –ya mencionado–, que al fracasar sus intentos por forjar la alianza liberal-conservadora renunció a la presidencia del PC para apoyar la campaña del PLC. El razonamiento de quienes defendieron la propuesta de construir una alternativa de derecha, la pretendida alianza liberal-conservadora, se basaba en que solo unidas «las fuerzas democráticas» derrotarían al FSLN en las urnas.

Por su parte, personalidades salidas del sandinismo, como el ex-jefe del Ejército, general retirado Joaquín Cuadra, y del liberalismo oficialista como el ex-ministro de Educación, José Antonio Alvarado, impulsaron la candidatura presidencial de Violeta Chamorro, ya que consideraban que era la única figura que podría ganarle a los candidatos sandinista y liberal. Pero tal presunción podría estar equivocada, ya que las condiciones políticas en las que Chamorro llegó al gobierno en 1990, derrotando a Daniel Ortega, son total-

mente diferentes; en ese momento las expresiones organizadas estaban guiadas por un solo objetivo: derrocar al sandinismo. Hoy la emergencia podría ser evitar que retome el poder, y en ese sentido el partido de gobierno tiene una considerable intención de voto, especialmente en las áreas rurales. Tal vez por ello es que la propia ex-presidenta Chamorro no aceptó volver a los escenarios electorales y ha preferido, por ahora, no revelar su voto.

Con la selección de Enrique Bolaños –un anciano con muchos bríos, anterior vicepresidente del actual gobierno– como candidato presidencial, los liberales han comenzado a preocuparse, pues los resultados de una encuesta de la prestigiada firma Cid-Gallup, realizada antes del arranque de la campaña, entre los días 12 y 21 de marzo de 2001, indican que el candidato oficialista aparece empatado con 21% de intención de votos con Vidaurre, el candidato conservador, mientras Daniel Ortega obtiene 26% –es decir, se coloca al frente. Estos resultados coinciden con otros provenientes de encuestas realizadas por empresas nacionales. Aunque se trata de apenas la primera medición del pulso electoral, no se puede negar que refleja tres cosas: 1) El alto desgaste del PLC; 2) Un amplio mercado para una tercera vía electoral; y 3) Una consistente base electoral que respalda al Frente Sandinista.

Ante esto, el temor a que el sandinismo vuelva al poder ha comenzado a robustecerse. Un editorial del influyente diario *La Prensa* lamentó la imposibilidad de dirigentes liberales y conservadores de llegar a un arreglo político que culminara en la formalización de una fuerte alianza que impida la división que el «voto democrático» –como definen al proveniente de personas que no simpatizan con el sandinismo–, se divida, ya que de ser así, Daniel Ortega podría ganar las elecciones, posibilidad nada remota. De todos modos, si son tres las fuerzas políticas a enfrentarse en las elecciones de noviembre (liberales, sandinistas y conservadores), no necesariamente significa que el FSLN tenga asegurada la victoria. Por cierto estará más cercano que si se repitiera la polarización, pero no hay que perder de vista el escenario de las últimas presidenciales, en octubre de 1996, cuando los liberales ganaron en la primera vuelta obteniendo el mayor porcentaje, los sandinistas obtuvieron el segundo lugar y varios partidos dispersos aglutinaron el tercero; ahora su equivalente sería el PC.

La otra posibilidad es que los nicaragüenses vivamos un acontecimiento electoral inédito: una segunda vuelta electoral, que como se dijo sería posible si ninguno de los candidatos alcanza un mínimo de 40% de los votos válidos. Si así fuera, pocos son los que no coinciden en que, el candidato sandinista tendría mínimas posibilidades contra las máximas de un candidato liberal o conservador, fuerzas que sin duda se unirían para vencer al primero.

Managua, marzo de 2001